

Nota editorial

En nuestro interés por preservar la integridad histórica de la Revista Educación, todos los artículos de la colección se presentan en su estado original.

Por esto la calidad visual varía de un artículo a otro y de acuerdo a su fecha de publicación.

SECCIÓN HUMANÍSTICA

CARTAS FAMOSAS



**CARTA DE CRISTÓBAL COLÓN
A GABRIEL SÁNCHEZ,
TESORERO DEL REY FERNANDO DE ESPAÑA**

14 de febrero de 1493

Señor, porque sé que habréis placer de la gran victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje, os escribo ésta, por la cual sabréis cómo en 33 días pasé a las Indias, con la armada que los Ilustrísimos Rey y Reina nuestros señores me dieron, donde yo hallé muchas islas pobladas con gente sin número, y de ellas todas he tomado posesión por sus altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho. A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador, a conmemoración de Su Alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado: los indios la llaman Guanahaní. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción: a la tercera Fernandina; a la cuarta, Isabelá; a la quinta, la isla Juana, y así a cada una un nombre nuevo.

Cuando llegué a la Juana seguí la costa poniente, y la hallé tan grande que pensé sería tierra firme, la provincia de Catayo; y como no hallé villas ni lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, y al cabo de muchas leguas, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de donde envié dos hombres por la tierra, para saber si había Rey o grandes ciudades. Anduvieron tres jornadas y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sin número, y volvieron.

Yo entendía harto de otros indios, que ya tenía tomados, cómo esta tierra era isla; y así seguí la costa al oriente, del cual cabo vi otra isla, a la cual puse nombre la Española y fui allí. Todas son fertilísimas en demasiado grado, hay muchos puertos en la costa de la mar, sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos, buenos y grandes que es maravilla. Las tierras son altas y sierras y montañas altísimas, sin comparación a la isla de Tenerife, todas hermosísimas y de mil hechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras y altas que parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo pude comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Y de ellos estaban floridos, dellos con fruto y según es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba.

Hay palmas de seis o de ocho maneras que es admiración verlas por la diformidad hermosa de ellas, mas así como los otros árboles y frutos y yerbas: en ella hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas y hay

miel y de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales y hay gente en estimable número.

La Española es maravilla, las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas, y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganado de todas suertes para edificios de villas, y lugares. Los puertos de la mar, ríos grandes y buenas aguas, las más de las cuales traen oro. En los árboles y frutos y yerbas diferentes de aquellos de la Juana; en ésta hay muchas especies, y grandes minas de oro y otros metales.

La gente de esta isla y de las otras que he hallado y tenido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, aunque algunas mujeres se cubrían con una tela de algodón que para ello la hacen. Ellos no tienen fierro ni acero, ni armas, no porque no sean gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos. No tienen otras armas salvo las de las cañas cuando están con la simiente, a la cual le ponen un paillo agudo, y no osan usar de ellas; que muchas veces me acaeció enviar a tierra a dos o tres hombres a la villa para hablar con ellos, y después que los veían llegar huían y no aguardaban padres a hijos, y esto no porque ninguno haya hecho mal, antes que he podido haber habla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras muchas cosas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio.

Verdad es que después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan pidiéndosela jamás dicen que no, antes convidan la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones y cualquier cosa de valor o de poco precio, y con cualquier cosa que se les dé, por ello son contentos.

Yo defendí de que no les diesen cosas tan viles como pedazos de escudillas y pedazos de vidrios rotos, y cabos de agujetas, aunque a ellos les parecía la mejor joya del mundo; un marinero por una agujeta recibió un peso de oro como dos castellanos y medio, y otros, otras cosas que valían mucho más. Por blancas nuevas daban todo cuanto tenían, hasta una arroba o dos de algodón filado. Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban y daban lo que tenían y así me pareció mal y los defendí. Y daba mil cosas buenas que yo llevaba para que tomen amor, y se hagan cristianos que se inclinen al servicio de sus altezas y de toda la región castellana y procuran ayudar y nos dan de las cosas que tienen en abundancia y que nos son necesarias.

Y no conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen en las fuerzas y el bien es el cielo. Creían que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y esto no procede porque sean ignorantes, sino de muy sutil ingenio, hombres que navegan por aquellos mares y es maravilla la buena cuenta que ellos dan de todo, salvo que nunca vieron gente vestida, ni semejantes navíos.

En la primera isla que hallé, tomé por fuerza algunos de ellos, para que me diese noticia de lo que había en aquellas partes, por señas, y si-

guen en la creencia que vengo del cielo. En las villas cercanas van corriendo de casa en casa y dicen "Venid, venid a ver la gente del cielo". Así hombres y mujeres venían y todos traían algo de comer y beber que daban con un amor maravilloso.

Ellos tienen muchas canoas de remo, mayores y menores, no son anchas porque son de un solo madero y van en ellas que es cosa de no creer, con ellas navegan por todas las islas que son innumerables y traen sus mercancías. Algunas de estas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella y todos con un remo.

Dos provincias de las cuales yo no he andado y una de las cuales se llama Uaua donde nace la gente con cola, según puedo entender de estos indios que yo tengo que conocen todas las islas.

En la Española, en el lugar más conveniente he tomado posesión de una villa grande, a la cual puse el nombre de Villa de Navidad, y en ella he hecho una fortaleza y he dejado gente con armas y artillería para más de un año.

Y grande amistad tuve con el Rey de aquella tierra, en tanto grado que se preciaba de me llamar y tener por hermano, y aunque le cambié la voluntad, los suyos no saben usar armas y andan desnudos, como ya he dicho, son los más temerosos que hay en el mundo.

En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una mujer, y a su mayoral o rey dan hasta veinte. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres; ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En esas islas hasta aquí, no he hallado hombres monstrudos como muchos pensaban; mas antes, es toda gente de muy lindo acatamiento; ni son negros como en Guinea... Es verdad que el sol tiene allí gran fuerza puesto que es distante de la línea equinoccial 26 grados; en estas islas donde hay montañas grandes, ahí tenía gran fuerza el invierno, mas ellos lo sufren por la costumbre y con la ayuda de las viandas; comen con especias muchas y muy calientes en demasía; así que monstrudos no he hallado, ni noticia, salvo en una Isla de las Quarives, la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente, que tienen en todas las demás islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas con las cuales recorren todas las islas de India y roban y toman cuanto pueden. Ellos no son distintos a los otros, salvo que tienen en costumbre traer los cabellos largos como mujeres y usan arcos y flechas de las armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto de fierro que no tienen. En la primera isla que se halla partiendo de España para las Indias en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenino, salvo arcos y flechas como los sobredichos de cañas y se arman y cobijan con planchas de cobre, de que tienen mucho.

Otra isla me aseguran mayor que la Española, en que las personas no tienen ningún cabello. En esta hay oro sin cuento y de estas y de las otras traigo conmigo indios para testimonio.

En conclusión, hablar de este viaje que se ha hecho así de corrida, que pueden ver sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubieren menester, con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán, ahora especería y algodón, cuanto Sus Altezas mandaren cargar, y esclavos cuantos mandaren cargar y serán de los idólatras. Y creo haber hallado ruibarbo y canela y otras mil cosas de substancia hallaré, que habrán hallado la gente que allá dejé, porque yo no me he detenido, en cuanto el viento me haya dado lugar de navegar, solamente en la Villa de Navidad, en cuanto dejé asegurado y bien asentado.

Esto es harto y eterno Dios Nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan por su camino victoria de cosas que parecen imposibles, y esta señaladamente fue una... Así que pues nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos Rey y Reina... Toda la cristiandad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas y dar gracias solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán tornándose tantos puébls a nuestra santa fe, y después por los bienes temporales que no solamente a la España más a todos los cristianos tendrán aquí refrigerio y ganancia.

Fecha en la Carabela sobre la isla de Canaria a XV de febrero Año Mil CCCCL XXXXIII.

Haré lo que mandaréis.

Cristóbal Colón. Almirante de la Flota del Océano.